

Daimon. Revista Internacional de Filosofía, (en prensa): reseña aceptada para ser publicada en un próximo número de la revista. ISSN: 1989-4651 (electrónico)

Licencia [Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0 España](#) ([texto legal](#)). Se pueden copiar, usar, difundir, transmitir y exponer públicamente, siempre que: i) se cite la autoría y la fuente original de su publicación (revista, editorial y URL de la obra); ii) no se usen para fines comerciales; iii) si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

RIUS, Mercè: *El espíritu del materialismo*. Madrid, DADO Ediciones, 2026.

En Cala Murada, lugar de ensueño situado en la costa oriental de la isla de Mallorca, hay un pequeño restaurante con una terraza con vistas al mar. También está abierto fuera de temporada, los días de frío y poca gente. Si está nublado y sopla el viento, el visitante se puede sentar en una mesa apartada y recogida. Los dueños del restaurante, muy previsores, han puesto unas peculiares estufas cerca de las mesas: son estufas de butano donde se puede ver, en su interior, un par de troncos incandescentes. Los troncos no son de madera, sino de piedra. Nunca se consumen; y el visitante, así, puede tener la cálida experiencia de una hoguera cercana mientras se toma un café, tranquilo y protegido, en la orilla del mar. Estas estufas de butano son pura realidad virtual. Generan una impresión, eso es todo. Sí que calientan, pero también engañan, como aquellas imágenes de llamas y fuego de chimenea, creadas con inteligencia artificial, que se repiten en bucle en algunos canales de

televisión norteamericanos. Engañan y no engañan. Todo eso pensaba yo cuando leía el libro que ha escrito Mercè Rius, *El espíritu del materialismo*, mientras me tomaba un café en Cala Murada. Pensaba en la materia, *hyle*, confundida con su propia forma, esto es, *informatizada* y, si se me permite, casi definitivamente “virtualizada”: convertida en pura apariencia o simulacro digital.

Vayamos derechos a la cuestión. ¿Por qué un libro sobre el materialismo ahora? ¿Qué se nos ha perdido ahí? Por de pronto, para responder a estas preguntas, se hace necesario recurrir a la evidente paradoja de la que somos prisioneros al considerar la ocasión para un materialismo. Y es que a primera vista, a nadie se le ocurriría revindicar el materialismo en un mundo supuestamente “materialista”, el nuestro. ¿Es realmente el caso? Esto es, ¿estamos realmente en un mundo materialista? Conviene leer detenidamente el Manifiesto

materialista –de hecho, se ha de leer detenidamente todo el libro– que encabeza la obra reseñada. El primer punto del Manifiesto ya lo aclara sin tapujos: “Este ensayo reivindica el materialismo en la sociedad de la comunicación, que sus opinadores tachan de materialista cuando solo escenifica, en realidad, la degradación del idealismo. Ocurre que, por estar habituada a la inmediatez, se desenvuelve entre falsas evidencias que no hay tiempo ni ganas de llegar a comprender.” (p. 5).

Como si fueran alucinaciones, a veces nos dejamos llevar por algunas palabras o algunas ideas, inclusive la de “materia”. Nos contentamos con “mediocomprenderlas” sin llegar a pensarlas a fondo, hasta el final o la sinrazón. El idealismo degradado es el idealismo que ya no es consciente de sí mismo, que ha olvidado la escritura filosófica en pos de una comunicación y una abstracción que suprime las singularidades, que de tan transparente nos encandila y atonta a la par. El ensayo de Rius es, ante todo y contra todo, un ejercicio singular de escritura, que se toma en serio la propia materialidad de la escritura. “Ahora bien, la necesidad

de escribir siempre en un medio físico (papiro, pergamino, papel, pantalla) carece de importancia o no reviste una mayor que la necesidad de aparatos electrónicos para reproducir los sonidos de la voz. A decir verdad, lo que hay en el fondo del tradicional desdoro de la escritura en cuanto órgano del pensar, el motivo soslayado por quienes la difaman, es la aprensión ante el hecho de que su materialidad no se limita a la superficie donde la trazamos, sino que ella misma (se) despliega (en) un espacio propio.” (p. 34).

Hay algo de arqueología en la investigación que Rius emprende sobre la idea (¿o el espíritu?) de materia en la historia de la filosofía. A nadie se le puede escapar que, en este punto, Aristóteles es cita obligada. En efecto, se trata de la clásica subordinación de la materia a la forma. Recordemos, no obstante, que para Aristóteles materia y forma solo son separables en el entendimiento, y que en la realidad forma y materia se dan conjunta e inextricablemente. En todo caso, empero, Rius ahonda en el contexto en el que Aristóteles forjó el concepto de “materia”, *hyle*, que se correspondía con la madera o la pasta de las cosas (“*hyle*, vocablo entonces

referido por lo común a la madera”). También referido a la matriz o lo femenino. Conocidas son las elucubraciones aristotélicas, según las cuales el macho, en la reproducción de los animales, proporciona la forma o el principio activo y determinante, mientras que la hembra es materia, receptiva y pasiva, determinada. Rius resigue los pasos del Estagirita. Uno esperaría, pues, una reivindicación feminista opuesta simétricamente al planteamiento de Aristóteles. Pero no, ella nos vuelve a sorprender. “Y ¿pues qué? ¿Vamos a desdeñar completamente la estima aristotélica de lo material en aras de la emancipación de la mujeres? ¿O creemos que una valoración más positiva de la materialidad de lo existente daría un nuevo impulso a la causa feminista? Ni lo uno ni lo otro. Demasiadas veces nos contentamos con invertir, afirmativa o negativamente, el signo de aquellos discursos que nos interesaría superar. Y las “resignificaciones performativas” suelen ser un autoengaño. Ya basta. El primer mandamiento de la libertad del pensar reza así: *no te convertirás en*

rehén del propio objeto de reflexión.” (p. 17).

El reto y el ejercicio al que nos invita Mercè Rius con su ensayo no se reduce a la ideología de las palabras clave. Se trata de filosofía, es decir, de aventura y librepensamiento. No se trata, en consecuencia, de repetir consignas ni de “tomar posiciones”, polémicas o conformadas, en un tablero de juego imaginario. Es esta libertad, precisamente, la que se conjura en *El espíritu del materialismo*. Porque, ¡nueva y grata sorpresa!, la materialidad no es la negación determinista de la libertad como en el supuestamente marxista materialismo dialéctico. Afirma Rius: “la libertad depende de la materialidad de la existencia” (p. 103). Hay, también, una filosofía de la existencia, no necesariamente existencialista, en el ensayo que reseñamos. No necesariamente existencialista: porque ni autenticidad ni “llegar a ser lo que uno es” (¡el *werde, der du bist* nietzscheano que se reeditó en algunas filosofías del siglo XX!) encajan en esta *singularidad* del individuo que la materialidad de la existencia propicia. Porque lo cierto es que esta singularidad no podrá

nunca identificarse con nada, ni siquiera con la *identidad* que le ha sido dada, ya sea en su reflejo en los otros o en el rol asignado en el espacio social. Asemejarse a sí mismo hasta llegar a ser “de una pieza”, justamente, es algo cadavérico; equivale a la muerte de esta libertad existencial materializada en la singularidad de cada cual. Sentido de *realidad*, pues: tampoco las filosofías “posibilistas” de un Agamben (aunque sea en términos de “potencia negativa” o “potencia de no”) o las meras posibilidades ideales que proliferan banalmente en el discurso público (incluso en su forma vacuamente mesiánica y pseudo-revolucionaria) podrán, de hecho, asir esta materialidad de la existencia indomeñable. Contra el imperio de lo virtual y sus datos infinitos, Rius reivindica el misterio de lo real. Puede que esté de más, en este punto, recordar lo que Arendt sostenía sobre el totalitarismo: que conducía a sus moradores a vivir en la ficción, o sea, disociados de la mismísima realidad.

Hace veintiún años, el autor de la presente reseña escribía en esta misma revista académica una recensión sobre un libro de Mercè Rius, *De vuelta a Sartre* (2005). En

aquella reseña, se leía lo siguiente: “Quizá, a partir de esta vuelta a Sartre, se pueda esperar una cierta revitalización del materialismo y, también, una nueva formulación más acorde con los tiempos presentes.” Hemos tenido que esperar más de veinte años. Esperar sin desesperar. Y al fin ha llegado la formulación materialista, más “contextualizada” (la autora quizá pondrá reparos a este adjetivo), que Mercè Rius lanza a la comunidad filosófica para que prosiga la discusión, la reflexión y las tentativas del pensamiento. *El espíritu del materialismo* contiene un Manifiesto y doce capítulos de filosofía condensada y bella a la vez. Y como ella misma dice, “nada está escrito de antemano. Pero lo escrito, escrito está”. Ahora solo tiene que ser leído.

Oriol Farrés Juste

(Universitat Autònoma de Barcelona)